

1er Premio 1985

85

+

Concurso Literario de Cuentos
convocado por la Comisión de
Fiestas del Exmo. Ayuntamiento
de Bembibre.

LA GRAN AVENTURA DE ZAGUIR

La Gran Aventura de Zaguir

Zaguir ignoraba que estuvo muy cerca de la muerte cuando Adib, el padre lobo, le salvó de las aguas poco profundas del arroyuelo. Adiba, la loba madre, observó al cachorro con ojos aprensivos. No, aquel no era como los demás cachorros. Y presumía, observando su cuerpo ya robusto, que muy pronto iba a serle insoportable el vivir en la angosta cueva, caliente y cómoda, donde habían pasado los crudos meses de invierno. Con frecuencia el padre lobo reprochaba a Adiba aquel exceso de ternura aunque ahora al darse cuenta de que su pecho era ancho, sus orejas puntiagudas y erectas, los ojos de mirar penetrante, brillando siempre en la redondez de sus pupilas un incipiente anhelo de aventura, ahora Adib se sintiese orgulloso.

Cuando Zaguir abrió los ojos quedó momentaneamente deslumbrado. Fué primero una difusa claridad que iba penetrando lentamente en su cerebro. Y se alegró al pensar que aquello que estaba resultando tan hermoso pudiera ser la luz de que tanto le hablara su madre. Gruñó satisfecho mientras un estremecimiento de frío recorría su lomo, erizando el ralo pelo de un indefinido color amarillento. Volvió a cerrarlos al tiempo que con sus patas delanteras apartaba a dos de sus hermanos que se interponían en el camino hacia el tibio vientre de la madre. Y cuando Adiba husmeó su hocico con cariño como queriendo comprobar que, efectivamente, sus ojos estaban ya abiertos a la luz, Zaguir dejó escapar débiles gruñidos de satisfacción. Luego fué atreviéndose a investigar, volviéndo la cabeza tratando de descubrir nuevos detalles en la semioscuridad que le rodeaba. Aquello... aquellos que a su lado se agitaban, aquellas inquietas bolas de pelo eran sus hermanos !... eran, él mismo !.

Casi con temor contempló de nuevo a madre Adiba, su cuerpo grande y robusto, el pelo especo y brillante. Sus pupilas enormes y amarillas, con verdosos reflejos en el fondo, brillaban en la oscuridad. El lobezno, rebullendo inquieto entre sus patas, intuyó que algo extraño había en todo lo que le rodeaba. Observando por encima de su lomo distinguió, algo más lejos, un ojo enorme, blanco, a veces cruzado de una forma intermitente por sombras de distintos matices. Algo asustado acurrucóse entre los demás cachorros gimiendo hasta que madre loba, inquieta, le tranquilizó con un lametazo áspero y húmedo por toda la espalda.

-2-

Zaguir llegó a decirse que si a madre Adiba no le preocupaba en absoluta presencia de aquel ojo en la cueva, muy bien podría intentar observarlo lo más cerca posible. Todo su frágil cuerpecillo temblaba de excitación mientras con pasos inseguros iba alejándose, tratando de que los demás no repararan en él, en lo que estaba haciendo. Parpadeó repetidas veces. Aquella luz, la luz del "Gran Ojo", era tan cegadora!...Las pupilas de su madre eran dulces, con frecuencia empañadas de humedad. Gustaba de mirarlas fija y largamente, pero aquella...Tuvo intención de volverse atrás, al amparo de la madre. Giró la cabeza observándola. Y aunque sintió la inseguridad del estar solo, ignorado de todos, a pesar de ello gustaba de la extraña excitación que le dominaba por lo que estaba haciendo. Algunos pasos más y habría llegado.

Pero..! no era sombras aquel parpadeo que constantemente agitaba el "gran Ojo". ! Aquello era el bosque ! El bosque sombrío y húmedo del que tantas veces le hablaban, el bosque inmenso donde sus hermanos aullaban a la libertad y a la muerte, donde la vida era una constante aventura contra todo y contra todos.

Recordó súbitamente todo cuanto del bosque le habían contado. Por las cercanías de la cueva ningún otro morador del bosque se atrevía a pasar, le explicaba Adib, su padre. Todos los animales del bosque temían a Adib, el gran lobo. Con frecuencia se alejaba de ellos, se marchaba de la cueva permaneciendo ausente días y días, en incansable correría por el bosque y las praderas. Y cuando regresaba, con el pelo sucio, a veces con heridas que todavía sangraban pero con una buena presa entre los dientes, Adiba lamía sus hocicos babeantes y le repetía una y otra vez que era el lobo más fuerte y más audaz de todo el bosque. Era en momentos como aquellos que Adib, al despertar de un profundo e inquieto sueño sobre los helechos calientes de la cueva, les contaba a ellos la gran aventura que acababa de vivir. No se cansaba de repetirles que en el bosque se ocultaban otras criaturas semejante a ellos y que eran sus enemigos, aunque no había conseguido hacerle comprender lo que realmente significaba enemigo, ni porque eran enemigos y que ganaban con ser enemigos de su padre. Adib repetía una y otra vez, obsesivamente, que la carne de aquellos enemigos tenía un sabor más perfumado, era más agradable y fácil de tragar que la otra carne que comían en el duro y largo invierno.

Ellos, los grandes lobos, comían carne. ¿ Carne ? ¿ Podía la carne tener un sabor más agradable que el de la leche caliente y espesa con que les alimentaba su madre ? . Zaguir pensó que no le complacería mucho ser enemigo de aquellas desconocidas criaturas del bosque, ¿ para qué ? .

Desde el pretil que formaba la entrada de la cueva observó hacia abajo y no pudo evitar que un incontrolado gruñido se escapase de su garganta. Allí, entre las peñas, medio escondida corría, serpenteando, una larga serpiente azul de reflejos plateados, hasta que se perdía de vista más lejos tras unos matorrales. ¿ Era tal vez un enemigo ? ¿ Iba a ser tan atrevido como para no esconderse ante la inminente llegada del lobo ? Quiso avisarle y esta vez gruñó intencionadamente, con fuerza, a riesgo de que madre Adiba llegase a oírle y le recluyese en lo más profundo de la cueva. Podría advertirle si se atreviera a bajar, acercándose... Miró hacia atrás, a las sombras de la cueva. Nadie parecía estar observándole ni tampoco distinguió fulgor de ojos vigilantes. Y Adib estaba para llegar. Pobre "enemigo" si no conseguía esconderse antes de ello. Gimiendo al sentir el vientre arañado por el roce de las piedras ásperas, Zaguir fué descendiendo, lentamente al principio pero luego convertido en una bola de pelo gimoteante y gruñona que rodaba y rebotaba entre las piedras y zarzales. Cuando al final se detuvo, jadeando, con los ojos cerrados, pensó que debía encontrarse muy lejos de la cueva y quizás muy cerca del "muy lejos" del que tanto le hablaba su padre.

Con temor, poco a poco, entrabrió los ojos y miró hacia arriba, no llegando a distinguir la entrada de la cueva. Pero allí, a poca distancia de su hocico apuntado, el "enemigo plateado" seguía arrastrándose. Podía percibir de él como una especie de gemido, como si llorase, con un cascabeleo extraño en la voz. Zaguir gruñó de nuevo : aléjate, huye, el gran lobo está por llegar..¿ es qué no conoces a mi padre, al gran lobo del bosque ? Es el más fuerte de todos y por eso debes esconderte, por que eres su enemigo...- Zaguir gimió desesperado pues comprendía que el enemigo no le estaba haciendo ningún caso. Seguía riéndose, como burlándose ahora de él.

Pero que extraño enemigo. Era tan largo ! Surgía de entre unas peñas e iba a esconderse mucho más abajo entre otras, sin mostrar siquiera la cabeza. Parecía andar aunque no se atrevería a afirmar que lo estaba

haciendo. Más bien agitaba el espinazo como si estuviera durmiendo y soñando. Eso es, estaba durmiendo ! ¿ Cómo, pues, podía esperar que le oyese ? Cuando madre loba dormía en la cueva Zaguir no conseguía despertarla a pesar de los muchos tirones que le propinaba en el pelo de su vientre.

Alargó la pata y el lomo del "enemigo" se agitó aunque sin cesar en aquella especie de risa extraña. Y Zaguir contempló, asombrado, como la extremidad de su pata se quedaba con el pelo lacio, sintiendo frío intenso en ella. Se acercó más, husmeando, tratando de aclarar aquel misterio. No despedía ningún olor , como ocurría con la carne de otros enemigos. Probó a estirar el cuello para olerle mejor y de repente sintió como la piedra sobre la cual estaba tendido cedía bajo su vientre. Pateó y gruñó fuertemente pero fué inútil. Aquel "enemigo" resultaba ser muy poderoso. El frío se apoderó de todo su cuerpo y no conseguía respirar. Por un momento creyó poder libertarse pero nuevamente sus patas resbalaron sin conseguir apoyarse. Lanzó otro gruñido y la boca llenósele de algo frío y helado como el aire que por la noches penetraba en la cueva a través del "Gran Ojo".-

- - - - -

Adiba calentó su cuerpecito tembloroso a fuerza de lametones y le contó que aquello no era un enemigo. El padre Adib de regreso oyó sus gruñidos y cogiéndole entre las poderosas fauces le llevó de nuevo a la cueva, librándole de una muerte cierta en las aguas del arroyuelo.

Zaguir tenía hambre. El líquido abundante que hasta hacia poco mandó de las ubres de madre Adiba resultaba ya insuficiente para colmar su gran apetito y a los demás lobeznos ocurríales lo mismo. Habían crecido, el pelo en la espalda se les cubría de manchas negras, brillantes y en el resto de su cuerpo se volvía de un amarillo grisáceo, espeso. El ambiente cada vez más sofocante mantenía sus fauces reseca y la lengua babeante. El padre lobo, tendido en la entrada de la cueva, sentía también los efectos del intenso calor. Desde donde Zaguir se encontraba tendido podía distinguirlo perfectamente. Y le admiraba pues Adib, el gran lobo, era el rey de todos los lobos. Adib, su padre. Y él, Zaguir, su hijo, tendría que merecer un día ser rey también.

Pero algo estaba ocurriendo en la linde del bosque. Adib, bruscamente, había erguido la cabeza sobresaltando a Zaguir que en aquel momento estaba observándole con fijeza y que a punto estuvo de rodar ladera abajo. Miró en la misma dirección, hipnotizado por la fijeza con que los ojos de Adib permanecían fijos en algo. Sin transición, el lobo parecía haberse convertido en una estatua de piedra, rígido, tenso y expectante, con el pelo erizado, dispuesto al ataque. En el arroyuelo una corza bebía tranquilamente inclinando el fino cuello, sin sospechar del peligro que la estaba acechando. Zaguir tembló de excitación imaginando lo que podía ocurrir y temiendo lo más terrible. Había visto ya antes una corza muerta. Incluso probó su carne aunque lo resultó difícil tragarla aquella primera vez. Los ojos vidriosos del animal muerto, en los que aún parecía brillar el loco terror que los dilatara, parecían estar mirándole fijamente. Y fué a acurrucarse en el más oscuro rincón de la cueva sin lograr apartar los suyos de ellos.

Nuevamente Adib atrajó su atención. Suavemente, en silencio, arrestrando el vientre por las peñas, se deslizaba ladera abajo al amparo de los matorrales, sin apartar ni un instante la mirada del lugar donde la corza se hallaba. El viento le era favorable pues llegaba desde el bosque. Adib fué avanzando hasta llegar a los primeros árboles y Zaguir presumió porque lo estaba haciendo. Gimió angustiado. Había llegado el gran momento pues la corza, al fin, había dado cuenta del peligro que la acechaba. Irguiendo la cabeza husmeó inquieta y de un brusco salto de costado eludió la primera acometida del lobo que surgió de los espesos matorrales lanzando un penetrante aullido. Zaguir temblaba de pies a cabeza. La corza, desorientada, emprendió la ascensión por la ladera pasando muy cerca de él, acosada por el gran lobo. Zaguir pensó que con aquellos saltos tal vez consiguiera ponerse a salvo. Pero madre Adiba decidió el final al surgir inesperadamente de la cueva y obligando a la corza a emprender el descenso ladera abajo. Adib solo tuvo que cortarle el paso. Hecho fiera, con los ojos inyectados en sangre por la seguridad en el fácil triunfo, cruzó el aire con fuerza cayendo sobre el lomo de la corza que intentó vanamente quitárselo de encima agitándose en saltos frenéticos y desordenados. Zaguir se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que estaba aullando con todas las fuerzas. El esfuerzo de la corza era inútil. Su fin había llegado.

Zaguir vió como de su cuello que antes se arqueaba grácil sobre el agua del arroyo corrían borbotones de sangre caliente. Las fauces poderosas del gran lobo había hecho presa en ella firmemente y no iban a soltarse hasta que, después de rodar por el suelo, los estre mecimientos del animal fueron espaciándose, cada vez más breves, hasta que cesaron por completo. Entonces y por un breve instante reinó en el bosque y en los aires un silencio absoluto.

Pasada ya la febril. excitación que le había dominado, Zaguir permaneció inmóvil en su escondrijo durante largo tiempo, sin apartar su mirada del lugar donde se encontraban los restos del destrozado cuerpo de la corza. Adib y los demás lobeznos, todos, habían comido de aquella carne tibia y aún palpitante. Y ahora dormían ahitos en la cueva. Zaguir no se había atrevido a tomar parte en el festín a pesar del hambre que roía sus entrañas. Con cuidado fué acercándose al animal muerto hasta que pudo distinguirlo perfectamente. Que aspecto tan raro ofrecía en contraste con el de momentos antes, lleno de vida y belleza, el cuerpo de la corza muerta. Su espalda aparecía abierta y destrozada por los lobos ambrientos, las costillas e intestinos al descubierto. Zaguir husmeó repetidamente la hierba antes reseca y ahora empapada de sangre. También sus ojos permanecían abiertos como los de aquella otra corza en la cueva, con el terror que antes la inundara aún latiendo en el fondo de las pupilas.

Miró hacia arriba, hacia la cueva donde todos reposaban satisfechos. Luego su mirada vagó hacia el Teleno que, como un adormilado gigante azul de blanca cabellera, lentamente empezaba a adormecerse. Poco a poco las sombras lo invadían todo. En dirección opuesta, las lejanas y agrestes montañas que limitaban el horizonte estaban ya casi confundidas con la negrura del cielo. Solamente hacia el fondo del valle, en la tierra prohibida, algunas tímidas luces parpadeantes señalaban los dominios peligrosos donde un lobo nunca debe aproximarse. Aquella era la tierra de los maragatos, que poseían rebaños en los que la presa parecía fácil de conseguir pero de donde cualquier lobo se arriesgaba a no poder regresar, el dominio donde los hombres era dueños y señores. Pero Zaguir permaneció allí, junto a la corza muerta, gimiendo debilmente sin saber a ciencia cierta porqué.

Una luz plateada inundaba el bosque prestando a cuanto le rodeaba un aspecto mágico. Llevaba mucho tiempo corriendo sin detenerse y la luna había recorrido buena parte del firmamento desde que Zaguir decidiera alejarse de la cueva para siempre. Inquieto, asombrado, trataba de descifrar cada uno de los mil sonidos que brotaban del bosque en paz. Las sombras antojábansele enemigos ocultos acechando su paso, esperando que se detuviera para poder atacarle

El hambre removía sus entrañas con más fuerza que nunca pero cuando una ardilla agilísima cruzó ante él, ni siquiera intentó asustarla. Pero corrió tras una liebre y cuando ya casi estaba a punto de apresarla le pareció como si detrás de cada matorral en sombras los ojos de una corza muerta estuvieran observándole. Tenía frío. Su pelaje estaba húmedo y sucio. Todo su cuerpo temblaba con espasmos violentos y constantes. Lejos, muy lejos, sonó un aullido. Zaguir se detuvo, atento. En las noches de luna Adib aullaba así. Pero él no iba a regresar. Nunca, nunca lo haría mientras los ojos de la corza muerta estuviésem mirándole. Seguiría vagando por el bosque, solo, hambriento, hasta que se sintiera desfallecer y entonces, ... entonces trataría de llegar hasta el gran río plateado que cruzaba por el centro del bosque y le diría :

- Estoy a tu lado y no tengo miedo, ves ? ..quiero que me devores...

Zaguir se acurrucó en el interior de un tronco hueco y miró hacia arriba, a las estrellas que parecían burlarse de él con sus continuas guiñadas. Fué una ráfaga de aire la culpable. Aquello llegó a su nariz de una forma débil al principio, más intensa poco después. Era el olor a carne. Y no precisamente desagradable. Olor a carne palpitante aún, lo reconocía sin lugar a dudas. Zaguir tenía hambre, hambre intensa y salió de su escondrijo vacilando pero decidido a todo. Levantó el hocico y de su garganta brotó un aullido, el primer aullido de un lobo libre. Otro aullido le contestó y otro, y otro más, prolongándose en la noche, rodando por las tinieblas hasta confundirse con ellas.

De nuevo sintió el tufo de la sangre y fué avanzando en silencio, igual que viera hacerlo al padre Adib, arrastrando el vientre por la tierra húmeda, sin sentir el frío ni las piedras. Allí el bosque se interrumpía formando un pequeño claro, libre de las altas hierbas que